

publicados por todo el orbe : Bendito sea por la gracia que aquí me ha hecho de conocer las señales de su bondad hácia aquellos que le temen. Sí, Dios mio, verdaderamente reconozco que vos jamás abandonáis á aquellos que os buscan. »

La solitaria se levantó y contuvo á Zozimo quien á su vez también se hubiese querido postrar para pedirle su bendición, y añadió : « Os conjuro por el amor de Jesucristo que nada digáis de cuanto os he relatado hasta que sea muerta. Volved en paz á vuestro monasterio, y el año próximo no salgáis de él al principio de la cuaresma con vuestros hermanos, según costumbre ; permaneced allí hasta la noche del jueves santo, y además no podréis salir cuando lo deseéis ; pero el jueves santo volved sobre la orilla del Jordán al sitio que está más próximo á los lugares habitados, y traed el vaso sagrado encerrando en él el cuerpo precioso y la sangre vivificante de Nuestro Señor Jesucristo, á fin de que tenga la dicha de participar de él ; pues no he tenido este consuelo desde que lo recibí en la iglesia de san Juan Bautista la vigilia del día que pasé el Jordán. Advertid al abad Juan, superior de vuestro monasterio, que vele sobre si mismo y sobre su comunidad, porque suceden en ella ciertas cosas que merecen corrección ; sin embargo no se lo digáis hasta que después en el año próximo me habréis dado la santa comunión. »

Zozimo admiró de nuevo el espíritu de Dios que residía en esa alma bienaventurada y que le revelaba la disciplina de su monasterio, y cuanto de más oculto podía haber en él. No se atrevió á replicar nada, y la Santa habiéndose encomendado de nuevo á sus oraciones, se aceleró á introducirse en las profundidades del desierto, dejando al santo abad siempre más asombrado de las maravillas de Dios. Besó con devoción las pisadas imprimidas sobre la arena de esta penitente, y volvió á su monasterio, donde llegó al

tiempo prescrito, bendiciendo al Señor y llevando el corazón colmado de consuelo.

Durante todo el año guardó un profundo silencio sobre aquello que había visto, contentándose con rogar á Dios allá en los adentros de su corazón que se dignase concederle la dicha de ver otra vez á su sierva; el deseo que de ello tenía hacía que encontrase el tiempo muy largo. Por fin en la cuaresma siguiente, cuando los religiosos, según la costumbre, salieron del monasterio para dispersarse por el desierto, una fiebre que duró muchos días le impidió el salir con ellos; y él comprendió la verdad de aquello que la Santa le había predicho, que aun cuando quisiera salir con los otros, no estaría en su poder el verificarlo. Pero habiendo llegado el jueves santo, puso el cuerpo y la sangre de Jesucristo en un pequeño vaso encerrado, unos cuantos higos, dátiles y lentejas en una espuerta, y se fué á la orilla del Jordán en el lugar que ella le había designado. La noche le caía ya encima y la Santa no aparecía. Zozimo estaba ansioso. Temía que ella hubiese ya comparecido, y que no habiéndole encontrado se hubiese retirado. También lo atribuía á sus pecados, pensando que la Santa había reconocido en él alguna cosa que desagradaba á Dios, y que esto la había hecho desistir de comparecer. Estas reflexiones le afligían hasta derramar lágrimas, y dirigiéndose á Dios le decía suspirando y llorando: « No me privéis, Señor, de la dicha de volver á ver á vuestra sierva, después que me hicistéis la gracia de hacerme conocer sus virtudes. ¿ Querriais inutilizar mi viaje, y hacerme llevar con esta privación la pena de mis pecados? » Un otro pensamiento le afligía también: Si ella viene, decía en sí mismo, aquí no hay barca, ¿ cómo, pues, atravesará el rio?

En aquel mismo momento la vió aparecer en la otra orilla. Su alegría fué grande. Se levantó al instante, pues estaba sentado en tierra consumido por la tristeza; pero le

quedaba la segunda pena; siempre estaba pensando como podría ella pasar el Jordán; al mismo tiempo vió al favor de la luna, que estaba en su lleno, y que hacía distinguir fácilmente los objetos, que habiendo hecho la señal de la cruz, marchó sobre las aguas como hubiera podido hacerlo sobre la tierra firme.

Este prodigio le asombro tan fuertemente, que olvidando su caracter de sacerdote, y de los sagrados misterios que llevaba, tan fuera de sí mismo estaba, quiso postrarse en tierra; pero la Santa desde el medio del rio por donde marchaba le dijo: « ¿ Que hacéis, abad Zozimo? Vos sois sacerdote y lleváis á Jesucristo con vos. Dadme, Padre mio, dadme vuestra bendición. » Zozimo, todavía más sorprendido, exclamó: En realidad que Dios es fiel en sus promesas, pues ha dicho que aquellos que se purificaren de sus pecados, serán semejantes á el en cuanto la criatura es capaz. Seáis para siempre glorificado, Señor Jesus, que os habéis dignado escuchar propicio mi oración por un efecto de vuestra misericordia. Gracias os sean dadas de que haciéndome conocer la excelencia de la virtud de vuestra sierva, al mismo tiempo me habéis hecho conocer cuan lejos estaba de la perfección. »

Mientras así oraba, la Santa abordó, y postrándose á sus piés le rogó que recitasen el Símbolo y la Oración Dominical; enseguida habiéndole dado el Santo á besar la paz, según la costumbre, ella recibió los sagrados Misterios, y levantando los ojos y las manos al cielo, dijo como el santo viejo Siméon: « Ahora, Señor, permitiréis á vuestra sierva morir en paz según vuestra palabra, porque he visto con mis propios ojos al Salvador que vos nos dais. »

Enseguida dijo á Zozimo: « Permitidme, Padre mio, que os pida aún una gracia; volved á vuestro monasterio, y al año próximo en la cuaresma volved al lugar donde vinisteis la primera vez; y allí me veréis como Dios quie-

ra. » Zozimo le presentó frutos y lentejas que había traído en una espuerta ; ella se contentó con tomar tres lentejas que se puso en la boca diciendo : « La gracia del Espíritu Santo nos basta para sostener nuestras almas. » Ella se encomendó de nuevo á sus oraciones. Zozimo hizo lo mismo, y también le dijo que rogara por la Iglesia y por el Emperador ; después de lo cual, tomando su permiso, repasó el río marchando sobre las aguas como antes había hecho.

En la cuaresma siguiente Zozimo no se descuidó de atravesar esta vasta soledad, que le conducía al lugar donde dos años antes había visto á la Santa por vez primera. Una cosa sentía, y esta era el no haberle pedido su nombre. Dios proveyó á ello haciéndole hallar su santo cuerpo. La vió tendida cerca de ese hoyo que hemos dicho ser como el álveo de un torrente, y después de haber regado sus piés con sus lágrimas y haberlos besado muchas veces, se puso á rezar salmos y las otras preces que á la zazón se rezaban para los muertos. Luégo entró en alguna duda sobre si le daría sepultura, ó sobre que podía hacer que fuese más agradable á la Santa. Por otra parte no tenía instrumento alguno con que abrir una zanja. El Señor no lo dejó largo tiempo en esta pena. El rostro de la Santa estaba vuelto hácia Oriente, y al lado de la cabeza vió una inscripción trazada sobre la arena que contenía estas palabras : *Abad Zozimo, sepultad aquí el cuerpo de la penitente María, y volviendo la tierra á la tierra rogad por ella. Yo he muerto la noche de viernes santo, después de haber tenido la dicha de participar de los santos misterios.* Por esta inscripción supo el nombre de la Santa, y que por un milagro extraordinario, habiendo el año anterior recibido la santa Eucaristia, había sido trasportada en menos de una hora de la orilla del Jordán al lugar donde había muerto la misma noche, por más que él hubiese empleado

veinte días para ir la primera vez que la encontró. Este primer prodigio no nos permite sorprendernos de que Zozimo hubiese hallado sobre la arena la inscripción que acabamos de relatar. Dios, que milagrosamente había hecho trasportar la Santa por los ángeles tan lejos en tan poco tiempo, pudo también por su ministerio trazar sobre la arena esta inscripción ; pues la Santa, no sabiendo escribir, no podía haberlo hecho, ó si lo había hecho, Dios podía haberle guiado la mano para esto, como había hecho hablar á los apóstoles lenguas que nunca habían aprendido ; y podía al mismo tiempo haber conservado estos caracteres sobre la arena movediza, aquél que manda los vientos y suelta ó contiene su soplo como quiere. En fin, por un aumento de maravilla, aunque la Santa no hubiese visto en este vasto desierto bestia alguna salvaje durante el tiempo que en él había vivido, Dios renovó en su favor, para dar á Zozimo el medio de sepultar su santo cuerpo, lo que había hecho por san Pablo, cuando san Antonio tenía dificultad en formar un hoyo para darle sepultura. Se le presentó un león, abrió la zanja con sus uñas, y el Santo rindió así los últimos homenajes á esta admirable penitente.

Volvió á su monasterio tan colmado de alegría por un descubrimiento tan dichoso, como compungido por haber sido depositario de los secretos de la vida de esta gran Santa, y el testigo de las maravillas que acabamos de referir. A su regreso nada dejó ignorar á los religiosos de su monasterio ; dijo al abad Juan, su superior, lo que la Santa le había recomendado para su enmienda y la de sus hermanos ; y este descubrió que en realidad había defectos que corregir. Esto confirmó todavía más lo que Zozimo relató de ella. Los religiosos no se cansaban de oírle y de referirlo á los otros. Por fin el nombre de María, sobre llamada la Egipciana, bien pronto fué célebre no solo en

Oriente, más aún en Occidente. Comunmente se leía su historia desde el siglo sexto, y nadie había osado dudar de ella. El autor, quien vivía en los reinados de León y Zenón, y por consiguiente muy poco tiempo después de san Zozimo, protesta desde el principio al fin de que él nada añade á la verdad. El séptimo concilio ecuménico y san Juan Damasceno la citan para confirmar la opinión de la Iglesia en cuanto al culto de las santas imágenes. Respecto á san Zozimo, dice su historiador que murió en este monasterio á la edad de cien años.

La Iglesia latina hace mención de santa María de Egipto en el *Martirologio* el día dos de abril. Hubo otros penitentes del mismo nombre, que no conviene confundir con esta cuya historia acabamos de describir. Se ha dicho en la vida de san Ciríaco ó Quiríaco, que dos de sus discípulos pasando un día por el desierto vieron como la figura de un hombre que se movía dentro de los tamarices; se acercaron á ella creyendo seria algún anacoreta; pero no habiendo hallado á nadie, pensaron que esto podía ser algún prestigio del demonio que los quería engañar, y se pusieron en oración. Bien presto divisaron allí cerca una profunda caverna; entonces juzgaron que aquello que habían visto era realmente un solitario, quien, habiéndolos visto, al momento se había retirado en este antro que le servía de mansión. Se anunciaron en la entrada pidiéndole su bendición, y oyeron la voz de una persona que los llamó desde el fondo de la caverna, diciendoles que era una mujer, y preguntándoles lo que querían y á donde iban. Ellos le respondieron que iban á ver á san Quiríaco, y le suplicaron les dijera su nombre y como había vivido en este lugar. Ella se excusó diciéndoles que á su regreso podría satisfacer su curiosidad. Pero como ellos la instaran más, les dijo, para deshacerse más pronto de ellos, que se llamaba María, que era gran pecadora, que estando en el

siglo su empleo había sido cantar y tocar instrumentos; que había sido ocasión de pecado á muchos; que movida de arrepentimiento, se había retirado en esta gruta para hacer penitencia; que Dios, por su misericordia, había provisto á su sustento con un prodigio diario; pues no habiendo traído la primera vez más que un poco de agua y de legumbres para su provisión, había vivido de ello hasta entonces sin que se hubiese disminuido en lo más mínimo; que siempre había vivido sola, y que por fin les rogaba que volvieran á verla después de algún tiempo. Estos solitarios no se descuidaron de relatarlo todo á san Quiríaco, de lo cual tomó éste ocasión para loar la misericordia del Señor: les recomendó cuando se despidieron, que no se olvidasen de la bienaventurada Maria; pero habiendo entrado en su caverna, la hallaron muerta, y se fueron á la laura de Susac en busca de lo necesario para sepultarla, y la enterraron en el mismo lugar donde había muerto.

Juan Mosch habla también en el *Prado espiritual* de otra penitente llamada María, á la cual había visto cuando muy vieja, y cuya conversión había aprendido por su propia boca. « Dos ancianos solitarios, dice, que iban de la ciudad de Aige á Tarso en tiempo de un rigoroso calor, habiendo entrado en un diversorio para rehacerse, Dios permitió que encontraran en él á tres jóvenes que llevaban en su compañía á una mujer de mal vivir. Se retiraron solos y se pusieron á leer el santo Evangelio. Esta mujer al verlos aplicados en esta lectura, dejó á dichos jóvenes y fué á sentarse cerca de uno de los solitarios, quien al momento la desechó con indignación diciéndole: « ¿ Como tenéis la impudencia de venir á sentaros cerca de nosotros? » — « Aunque sea una grande pecadora, le respondió, os suplico, Padre mío, no tengais tanto horror de mí, pues Jesucristo, nuestro Dios y nuestro Redentor,

no desechó una mujer como yo cuando fué á encontrarlo. » — « Es verdad, le replicó el Padre, pero ella dejó de ser lo que era antes. E yo, contestó esta mujer, también espero con la gracia del Señor, que desde hoy no permaneceré más en el pecado. » Al mismo tiempo abandonó á los jóvenes susodichos y todo cuanto tenía, para seguir á estos buenos solitarios, quienes la condujeron á un monasterio de mujeres, próximo á la ciudad de Aige, donde fué un modelo de penitencia.

Colocaremos aquí otro relato de la historia del mismo autor, aunque no tenga una grande relación con los que acabamos de referir. Había en Jerusalén una religiosa que llevaba una vida muy santa; pero el demonio no pudiendo soportar su virtud, hizo que un joven quedara perdidamente enamorado de ella. Esta admirable virgen reconociendo el artificio del maligno espíritu, y teniendo compasión de la desgracia en la cual precipitaba al alma de este joven, se fué al desierto vecino del Jordán, para volver con su huida á este extraviado al camino de la justicia, y para hallar su propia seguridad y un acrecentamiento de méritos en una soledad completa. No se llevó más que su cilicio y una pequeña provisión para nutrirse; pero Dios por una maravilla sorprendente hizo que su cilicio jamás se estropeará y que su provisión nunca disminuyera; y por un nuevo prodigio la hizo invisible á cuantos atravesaban este desierto, aunque ella los veía muy bien. Así pasó diecisiete años, al fin de los cuales Dios quiso hacer conocer su virtud á un solitario, suspendiendo el segundo milagro por el cual la ocultaba á los ojos de los otros; de suerte que habiéndola éste visto, le preguntó que hacía en este desierto y con que designio se había retirado en él. De momento la piadosa virgen quiso eludir la cuestión, pero el solitario á quien Dios había revelado su virtud, le reprendió como habiendo faltado á la sencillez, y le hizo con-

fesar las gracias que Dios le había hecho, y que acabamos de referir.

LAURAS DE FARAN Y DE JERICÓ ¹.

Se entendía por *Laura*, como ya lo hemos explicado en una nota, una reunión de ermitas, colocadas en celdas separadas, pero bastante próximas para ser sus habitantes fácilmente gobernados por el mismo superior. Hablaremos después de muchas de estas lauras. Las de Farán y Jericó son las más antiguas y famosas. Se atribuye su fundación á san Charitón, cuya vida refiere Surio al 28 de setiembre.

De las actas de este Santo se deduce que vivía en tiempo de la persecución del emperador Aureliano. Se ha dicho que era de Iconio ² en Liconia y que habiendo abrazado el cristianismo, cumplió sus deberes con tanta piedad, que los paganos reconocieron fácilmente la santidad de su fé por la de sus costumbres; lo que muy pronto lo expuso á sus violencias. Sufrió muchos suplicios con una constancia heroica; mas no por eso murió, habiéndolo Dios conservado para ser una de las lumbreras del estado monástico. Después que lo hubieron tenido preso hasta la muerte de Aureliano, le dieron libertad, y se fué á Jerusalén; pero no se sabe si esto fué al momento ó después de muchos años.

En este viaje Dios todavía probó su paciencia con otra persecución; pues en su camino fué encontrado por unos ladrones que le ataron y lo condujeron á una caverna que distaba dos leguas de esta ciudad. Charitón, quien sabía

¹ *Vitæ Patrum*, Paladio, Cotelier.

² Hoy día *Koniéh*.